

### Feminismos y personas LGBT

Mario Gatti

En este artículo intento explicar cómo el feminismo, al abordar las categorías hombre/mujer, evidencia fenómenos análogos a los generados por la contraposición heterosexual/LGBT. Analizo cómo los mecanismos psíquicos del poder promovieron la creación de categorías de jerarquización humana, mostrando su carácter de construcción social y sus efectos en la sociedad. Luego continúo describiendo algunas interacciones entre los movimientos feministas y LGBT en la segunda mitad del siglo XX, y por último, concluyo señalando las proyecciones de estas realidades en la práctica terapéutica.

Quiero puntualizar que LGBT es una sigla contemporánea cuyo uso en períodos anteriores es anacrónico. Simplificando: En el siglo XIX, el foco estaba centrado en la «inversión sexual», que englobaba homosexualidad, travestismo y bisexualidad.

Escribo como gay, feminista, víctima y estudioso de la homofobia<sup>1</sup>. Participante de COGAM, una ONG madrileña LGBT, con cuyo grupo de Educación impartí talleres sobre diversidad sexoafectiva en institutos de la Comunidad de Madrid, tarea que me sensibilizó más a otras discriminaciones: de mujeres, de personas racializadas (es decir, no blancas)<sup>2</sup>, y de otros colectivos.

### El feminismo como espejo de lo que pasa en las minorías sexoafectivas

En principio, estamos ante dos grupos disímiles: las mujeres son media humanidad, mientras del otro lado hay grupos minoritarios y heterogéneos. Además, existen intersecciones entre ellos, no sólo porque hay mujeres en todas las minorías sexuales, sino porque siempre se suman otros criterios jerarquizadores como la etnia, el país de origen, la clase social, etc., que producen nuevas interseccionalidades<sup>3</sup> que atraviesan a las personas, incidiendo en la construcción de su identidad.

Consideramos la identidad como la dimensión social de la experiencia subjetiva, construida a través de sucesivas identificaciones en el tiempo. A mayor autoconciencia de la identidad, menor alienación.

Comparar los binomios hombre/mujer y heterosexual/LGBT es pertinente por el denominador común del machismo, y por las jerarquizaciones y privilegios que generan. Si las mujeres fueron definidas desde los varones, los disidentes sexuales lo fueron desde los (hombres) heterosexuales. Ambos grupos comenzaron siendo objeto del discurso de los dominantes, y sólo después lograron ser escuchados. En ningún caso se alcanzó aún la igualdad real.

Dichas subordinaciones, que tenían precedentes, se agudizaron con la crisis del Antiguo Régimen. En él, las distinciones más importantes separaban nobles de plebeyos, y libres de esclavos, quedando relativizadas las demás.

Dos mujeres destacaron defendiendo la igualdad de los sexos: Olimpe de Gouges en 1791, proclamando los Derechos de la Mujer y la Ciudadana, y Mary Wollstonecraft, primera en llamar «privilegio» al poder de los hombres sobre las mujeres, pidiendo su independencia económica, la igualdad entre los sexos y la necesidad de tener representación parlamentaria, en 1792. La francesa fue guillotizada, la inglesa, ignorada.

La sumisión de la mujer al hombre —padre, marido, hijos— fue consagrada por el Código Napoleónico, tomado por otros Estados como modelo. Consideraba delitos al aborto y el adulterio femenino, y limitaba la presencia femenina en el espacio público. Aunque las mujeres trabajaban desde el Neolítico en el campo, se arguyó que, con la industrialización, los hombres debían centrarse en la producción —y ocupar el espacio público— y las mujeres, centrarse en la reproducción y lo doméstico.

Bentham (1785) defendió la inocuidad de la sodomía. Despenalizada en Francia en 1791 y luego en los Estados que adoptaron su código, siguió siendo criminalizada en Alemania, el Reino Unido y EE.UU<sup>4</sup>. Es decir, que la represión de las minorías sexuales no fue tan uniforme como la de las mujeres<sup>5</sup>. Fue en Estados Unidos donde Emma Goldman, encarcelada a principios del siglo XX por difundir métodos anticonceptivos, defendió públicamente los derechos de las personas homosexuales.

En Occidente, el foco de conflicto en los siglos XIX y XX estuvo puesto en los derechos políticos y laborales. Veremos ahora cómo se logró diluir las demandas de mujeres y disidentes sexuales.

## Los mecanismos psíquicos del poder: la proliferación de categorías

Desde mediados del siglo XIX, Occidente pareció contrarrestar la equidad resultante del abandono de las diferencias entre libres y esclavos, y entre nobles y plebeyos, con otras jerarquías derivadas del sexo y la sexualidad, a las que atribuyeron un poder revelador de la esencia de cada persona.

Los argumentos teológicos que subordinaban la mujer al hombre fueron reforzados por los «científicos». Invisibilizando lo distintos que podían ser los hombres entre sí, y las mujeres entre sí, los médicos enfatizaron la complementariedad de los sexos, determinando la sexualidad «normal». Los poderes jurídico y psiquiátrico respaldaron esa «moral victoriana», que excluía las sexualidades no heterosexuales ni coitocéntricas, empujadas a la clandestinidad. La sensación de liberación que daba resistir a esos discursos, practicando esas sexualidades, fue justamente uno de los efectos del poder que los sustentaba, que impulsó lo que pretendía reprimir.<sup>6</sup>

Se estableció así el «régimen de sexualidad» por el que el sexo y la biología determinaban la identidad sexual y el deseo, en base a que no podía existir nada intermedio entre hombre y mujer (binarismo) y que el único deseo natural era heterosexual. La jerarquización se consolidó con otros binarismos, como cultura/naturaleza, racional/intuitivo, objetivo/subjetivo, mente/cuerpo, etc. en los que a la mujer se le asignó la segunda opción.

La jerarquía tuvo su correlato en la asimetría del deseo sexual atribuido a hombres y mujeres. Se justificaron unas mayores necesidades viriles, satisfechas en burdeles o relaciones extramatrimoniales, pues la infidelidad masculina no fue considerada causa de divorcio.

Esa sexualidad se impuso a cada individuo como un subproducto del género, en base a: dos cuerpos, dos roles y dos identidades que conformaban la diferencia, jerarquización y complementariedad de los sexos.

La jerarquización fue consustancial a la división sexual del trabajo, consistente en asignar a los varones las tareas con más valor social agregado, orientando las mujeres al ámbito doméstico, siempre disponibles para la familia, aunque ese trabajo —incluido el reproductivo— fuese invisibilizado y no remunerado. Cualquier incongruencia anatómica, de género o de práctica, fue controlada, señalada como anormal, y estigmatizada.

Desde el siglo XIX, se vio «normal» que el varón heterosexual (blanco, capaz, etc.) estuviera en el espacio público, mientras que la mujer o los LGBT tenían que justificar allí su presencia como tales. Esas mujeres, además de distanciarse de las otras, debían acentuar su diferencia con los hombres, embellecerse y «feminizarse».

Análogamente, las personas LGBT fueron condicionadas a disimular su presencia —en el «armario»— o visibilizar su diferencia, aceptando las profesiones en que eran toleradas, exponiéndose ocasionalmente al escarnio. Cualquiera opción tuvo por consecuencia asumir la culpa, la duda, el miedo y la vergüenza de no vivir conforme a las expectativas.

La sodomía, tenida históricamente por la Iglesia como un acto tentador para cualquiera, fue considerada inherente a los hombres homosexuales, que fueron caracterizados de un modo específico: Recién entonces se les atribuyó afeminamiento, así como masculinización a las lesbianas, en la creencia de que la sexualidad «debía» traslucirse en toda la persona. El resultado fue invisibilizar las relaciones gais «no invertidas» y otras realidades que no encajaban con aquel modelo de homosexualidad, como el lesbianismo, visto como prolegómeno a la llegada del «hombre/macho», que encarnaba la única sexualidad representable y la satisfacción femenina.

Las personas excluidas de la sexualidad «normal» vieron negada cualquier posibilidad de subjetividad, pues se desdeñaron sus actos y censuró su palabra.<sup>7</sup> Estas ideas se exportaron a todo el mundo cuando Gran Bretaña difundió la legislación represiva por su Imperio, donde la sodomía siguió siendo delito durante décadas.

Aunque la sexualidad «natural» era lo único permitido, también era imprudente hablar de ella, era algo privado. En realidad, solo se naturalizaron algunas conductas, principalmente el coito vaginal heterosexual «procreativo», mientras convertían en perversas a casi todas las demás. Un mecanismo de poder fue dar por natural e inmodificable lo que era una construcción social en evolución.

Y sin embargo, frente a ese poder hubo resistencia. Sin cuestionar sus postulados, la población atravesó ese marco. Cuando a mediados del siglo XX, Alfred Kinsey y su equipo entrevistaron y encuestaron a miles de estadounidenses el contraste fue enorme; el resultado estaba lejos de lo postulado. Baile describe dos evidencias: El comportamiento de las personas podía ir de completamente heterosexual a completamente homosexual, y la homosexualidad no era algo anecdótico; tres de cada ocho hombres habían tenido alguna experiencia homosexual con orgasmo entre los dieciséis y los cincuenta y cinco años.<sup>8</sup>

### Cómo operan los mecanismos psíquicos en las mujeres y en las personas LGBT

Las categorías fomentan unas expectativas sociales que condicionan a las personas. Al interiorizar las normas, el control social se convierte en autocontrol. Así, las categorías pueden encerrar y limitar el propio desarrollo a la vez que facilitan la construcción de nuevas subjetividades. Por ello, es distinto adoptar una categoría que ser designado desde fuera como perteneciente a ella. Sólo desde dentro de una categoría se la puede resignificar, modificarla.

Las categorías cambian de contenido en el tiempo y en el espacio. Por ejemplo, «mujer»:

- *En el tiempo.* Laqueur<sup>9</sup> recuerda que se dejó de creer en lo indispensable del placer femenino para procrear cuando se consiguió en 1770 «inseminar» una perra con una jeringa.
- *En el espacio.* La sexualidad y la fortaleza física eran diferentes al comparar las europeas blancas con las mujeres de las colonias. Los médicos patologizaron la masturbación femenina en las blancas afirmando que hacía crecer el clítoris y producía ninfomanía. En cambio, en las mujeres negras un clítoris grande era una especificidad antropológica, evidencia de su apetito sexual.<sup>10</sup> Paralelamente, se bestializaba —para deserotizarlas— a las mujeres negras: se explotaba igual a una mujer que a un hombre negro en una plantación. Sin embargo, las mujeres blancas eran consideradas frágiles en comparación con los hombres.

Así, las mujeres fueron jerarquizadas entre sí, como denunció Sojourner Truth, la única exesclava negra presente en la Primera Convención Nacional de Derechos de la Mujer (Worcester, Massachusetts, 1850), donde preguntó: «¿Acaso no soy yo una mujer?», para denunciar la doble exclusión, por raza y género, que padecían las mujeres negras. Al hacerlo, resignificó la categoría «mujer». Al narrar su vida de esclava, evidenció lo falso de la «natural debilidad» de las mujeres.<sup>11</sup>

Hay otras vías para dificultar la autoconciencia de las mujeres. Minimizarlas en cuanto tales, atribuyendo sus logros a su linaje, su religiosidad, etc. O enfatizar qué bellas son en vez de lo valioso que hacen, fomentando la búsqueda del «cuerpo perfecto». O destacar que son «la esposa de...» y no alguien con peso propio.

Algunas han ocultado su género, fingiendo ser hombres, como George Sand, las hermanas Brontë, Colette... incluso J. K. Rowling, reemplazó su nombre por las iniciales al publicar *Harry Potter*.

Hay un borrado de las mujeres en la Historia parecido al que sufrieron los disidentes sexuales, sobre quienes también operaron mecanismos para ocultar lo que cuestionaba los estereotipos asignados. Chevaux<sup>12</sup> analiza la censura en las artes, y distingue entre:

a) *Censura intelectual*, mediante:

1. *Travestimiento*. Como sostener —falsamente— que Alcibíades —pareja de Sócrates en El banquete—, era una mujer, o que los Sonetos de Miguel Ángel estaban destinados a una mujer.
2. *Reinterpretación*. Deformar el sentido homo/bisexual de un texto para hacerlo heterosexual.
3. *Omisión de la identidad sexoafectiva*. Por ejemplo, las *Obras Completas* de Paul Verlaine excluyeron sus poemas homosexuales hasta 1993.<sup>13</sup>

b) *Censura institucional*. El papa Gregorio VII mandando quemar los poemas de Safo de Lesbos en el siglo XI. Los nazis queman en 1933 los libros sobre diversidad sexual reunidos por Magnus Hirschfeld.

c) *Autocensura*. Dejar publicaciones para después de la muerte, como Forster con su . O hacer ediciones reducidas como el *Corydon*, de André Gide, o *Un problema de ética griega*, de Symonds. Incluso fingir que se traduce un original antiguo, como cuando Luigi Settembrini escribió *Los neoplatónicos*.<sup>14</sup>

Censura y autocensura se combinan aquí y ahora para que desconozcamos la existencia de futbolistas —o ejecutivos de multinacionales— homo o bisexuales. ¿Porque pertenece a su vida privada o porque afectaría sus carreras, de saberse? Como ellos, hay muchas personas invisibles...

Actualmente, los grupos LGBT siguen condicionados por la mirada social. Según Viñuales<sup>15</sup>, homofobia y lesbofobia se manifiestan con: Inferiorización, derivada de atribuir a alguien cualidades del otro género; deshumanización, al desdeñar sus emociones, y distanciamiento social, al negarles valor. La deshumanización alimenta la convicción de merecer los privilegios propios por estar en la posición correcta, consagrando la desigualdad.

En su obra *Bifobia*, Domínguez Ruiz<sup>16</sup> contrasta que, por un lado, se habla de bisexualidad innata y natural; donde, si todos somos bisexuales, nadie lo es en la práctica. Y por otro, es caracterizada como coartada para no salir del todo del armario, o como inmadurez e





indecisión. Señala que a las personas bisexuales se les impone una alternancia de géneros entre sucesivas relaciones para acceder a la etiqueta, además de ser hipersexualizados.

La transfobia expresa la hostilidad hacia quienes transgreden las fronteras entre sexos y géneros, cuestionando las referencias del orden heterosexista, y que se manifiesta en



Foucault señaló que la sexualidad en Occidente estaba al servicio del poder social, facilitando la lucha contra los discursos entonces dominantes

violencia simbólica cotidiana: Desprecio, desagrado y discriminación institucionalizada, que se traducen en el abandono escolar por acoso, alto paro por ser eliminadas de la selección en las entrevistas, violencia física hasta el asesinato, etc.

La aparición de la transexualidad como categoría diagnóstica a mediados del siglo XX fue paralela al avance de las técnicas quirúrgicas, lo que incidió en enfocar su abordaje logrando cambios corporales. En la creencia en una correspondencia entre «sexo» y «género», radica el postulado de que la persona trans\* vive en un «cuerpo equivocado», si no es «leído» por los demás como la persona lo siente<sup>17</sup>. La «necesidad» del cambio físico dejó a las personas trans\* a merced del cuerpo médico, que recurrió a la patologización para justificar sus «tratamientos», potenciando la discriminación institucional.

El rechazo al cuerpo disonante de la norma (o del DNI) dificulta la evolución del paradigma, aunque florecen discursos reivindicando tanto la primacía del sexo sentido sobre la apariencia corporal, como autodefinirse «no binario» por ver innecesario identificarse con un género.

### Interacciones entre el movimiento feminista y los movimientos LGBT

La conciencia de la identidad y la sumisión femeninas coincide temporalmente con la de las personas LGBT, lo que propició las influencias mutuas.

Simone de Beauvoir señaló que mantener la subordinación requiere el consentimiento de las personas dominadas. Como este consentimiento es facilitado por la falta de conciencia de sí y la falta de conciencia de grupo, a largo plazo el movimiento LGBT se benefició del trabajo previo feminista sobre la sexualidad, la organización familiar, etc., saberes que permitieron captar la historicidad de la «diferencia sexual», las prerrogativas que conlleva y lo normativo de la heterosexualidad reproductiva de la familia patriarcal. Si las luchas laborales eran tenidas por combates políticos, el cambio en la lucha feminista se aceleró al expresar «lo personal es político».

Para Dorlin, a partir de despsicologizar y desindividualizar la vivencia femenina, se creó un sujeto, «las mujeres», como identidad política, partiendo de las expresiones de una condición social, histórica y vital común. Con ese apoyo pudieron relativizar lo introyectado, deviniendo sujetos de conocimiento: Denunciaron la división sexual del trabajo, la invisibilización de las tareas domésticas y el desconocimiento masculino de lo concerniente al trabajo de reproducción y de cuidados, arguyendo que «todo conocimiento que no reconoce la opresión social, la niega, y así la sirve objetivamente».<sup>18</sup>

Según Halperin<sup>19</sup>, fue Foucault quien dio las herramientas para luchar contra los discursos teóricos sobre la sexualidad, enfocando el rol que jugaron en la historia de las prácticas institucionales europeas, para su crítica radical de la cultura disciplinaria moderna. Postuló que, al politizar el sexo, Foucault lo despsicologiza, pues la sexualidad pasó del dominio del fantasma individual al dominio del poder social y del saber. Gracias al pensador francés, se puede abordar la homofobia como un problema político y no psicológico, ya que sus causas no están en la vida psíquica, sino en la ansiedad que despierta el modo de vida gay, que cuestiona los dispositivos del poder. Veamos ahora cómo se ha traducido esto en el devenir histórico, en Estados Unidos y en España.

El feminismo contextualiza en EE.UU. las movilizaciones homosexuales que se enfrentan a la policía en 1969 en los sucesos Stonewall, en Nueva York. Marche<sup>20</sup> sostiene que su influencia no se limita a la del lesbianismo militante, sino que es consecuencia del feminismo radical, pues tanto *Política sexual* de K. Millet como *La dialéctica del sexo* de S. Firestone, denunciaban el sexismo de la sociedad y las relaciones de dominación dentro de la familia.

Ese sexismo siguió siendo denunciado en 1992 por Allen Young, periodista, activista y escritor, militante del Frente de Liberación Homosexual, para quien la liberación gay era una



lucha contra el sexismo. Alentó a los militantes a detectar el sexismo tanto en las instituciones como en el interior de cada uno, pues la conciencia del propio sexismo era esencial para la liberación gay, apropiándose del eslogan «lo personal es político».

Otra influencia feminista en la lucha LGBT se da en la lucha contra la estigmatización. En los años previos a la despenalización norteamericana del aborto en 1973, unos colectivos locales canalizaban abortos ilegales, pero seguros y al menor costo posible. Algo que permitía escapar a la culpabilización moral desencadenada sobre las mujeres que interrumpían voluntariamente su embarazo. Paralelamente, con la crisis del sida, en los años ochenta, la organización comunitaria GMHC (Gays Men's Health Crisis, Crisis de Salud de Hombres Gay) suplió las carencias de los poderes públicos, dando cuidados médicos, sostén psicológico, material y jurídico ante las situaciones nuevas que surgían por la epidemia, humanizando a los estigmatizados por el sida.

Las mujeres y las personas LGBT, utilizaron estrategias similares para enfrentarse al androcentrismo y la heteronormatividad del cuerpo médico. Marche<sup>21</sup> recuerda que desde el feminismo radical del Boston Women's Book Collective, en 1970 se publicó *Nuestros cuerpos nuestras vidas*, libro que marcó un hito en la toma de conciencia femenina de la salud. En él, las mujeres expresaban sus experiencias con los profesionales que las juzgaban sin informarlas —condescendientes y paternalistas—, y recomendaban hacerse expertas de su propia salud, porque si la salud era un derecho y la medicina, un servicio público, la desigualdad en la relación entre curador y curado era susceptible de desaparecer.

Esto influyó notoriamente en la actitud con que Act Up interpeló a los poderes públicos por su desidia en la lucha contra el sida desde su creación en 1987. En nombre de una identidad particular, reivindicaba la toma en cargo de la salud por los poderes públicos, politizando la homosexualidad masculina a través de movilizaciones insólitas hasta entonces<sup>22</sup>. Muchas mujeres se comprometieron en la lucha contra el sida en una época en que la enfermedad azotaba sobre todo a varones homosexuales.

Otro punto de encuentro se dio en la lucha contra la violencia. La ejercida contra las mujeres —violaciones, violencias conyugales, etc.— estaba siendo denunciada desde décadas antes de que se multiplicaran las agresiones dirigidas contra homosexuales. Los colectivos coincidieron en pedir leyes que considerasen agravante una motivación sexista u homófoba, o en manifestarse para que la sociedad tomara conciencia de la vulnerabilidad de las víctimas.

Como contrapunto, también hubo divergencias que alejaron al movimiento LGBT del feminismo. Por ejemplo, las luchas para acceder al matrimonio y la filiación por las parejas homosexuales diluyeron la diferenciación entre los sexos como base del matrimonio, y la correlación entre feminidad y maternidad, al permitir que dos hombres fueran padres.

Otro cambio se dio en las fuerzas armadas. Antes de Clinton, el movimiento gay cuestionaba el sistema militarista por reforzar el sexismo, por victimizar a mujeres y a disidentes sexuales. Los años noventa fomentaron la masculinización de la identidad gay y lésbica, enfatizando que los gais eran «verdaderos hombres» que merecían servir en las fuerzas armadas.

Esa virilización entroncó con la imagen comercial que se daba del gay por lo menos desde los años ochenta, observable en las revistas y en los actores porno, vehículos de universalización del estereotipo. Leraton<sup>23</sup> describe la adopción de las formas masculinas de las clases trabajadoras para expresar la conciencia de ser hombres: pelo corto, bigotes fornidos y barbas bien esculpidas. Desde ese marco, el afeminamiento no enorgullece, generándose nuevos introyectos acerca de cómo «debe ser» un gay y endodiscriminación. La virilización del estereotipo rompió algunos «techos de cristal» para ciertos LGBT sin modificar las causas de la homofobia social.

Echaremos ahora un vistazo a España, siempre diferente. Trujillo<sup>24</sup> contabiliza cinco mil juicios y mil condenas a hombres homosexuales en los años setenta, excluidos de la amnistía y los indultos. Ante esta represión, lo primero fue luchar por la derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, objetivo alcanzado en 1979 por frentes en los que coexistían lesbianas, gais y transexuales. Paralelamente, las mujeres consiguieron el acceso a los anticonceptivos y la derogación del delito de adulterio (1978). Martínez señala que, después, los colectivos se desmovilizaron.<sup>25</sup>

Las lesbianas hesitaron entre la militancia feminista y la lésbica. Al hablarles de heterosexismo a las mujeres heterosexuales, no encontraron bastante eco. La detención de dos mujeres por «escándalo público» por besarse, en 1986, motivó muchas manifestaciones culminadas en «besadas» colectivas. A fines de los ochenta parecía volverse a la especificidad de la identidad sexoafectiva, en vista de que el feminismo excluía la diversidad de las mujeres que aspiraba representar.<sup>26</sup>

En los noventa, muchas lesbianas reclamaron un protagonismo propio, señalando la necesidad de separar las reivindicaciones que vienen de la discriminación de todas las mujeres de las provenientes del heterosexismo (lesbo y transfobia). Una corriente fue el lesbianismo moderado o pragmático y la otra, el *queer* o radical. Las moderadas se centraron en derechos y servicios para las lesbianas y se incorporaron a colectivos mixtos como COGAM, a mediados de los noventa. Las radicales se agruparon en LSD (Lesbianas Sin Dudas), orientándose al cambio social. Señalaron las discriminaciones por minoría sexual, edad, clase social, etnia, etc., y realizaron campañas específicas para informar a las lesbianas sobre cómo protegerse de la infección por VIH, denunciando el vacío sobre este tema en las campañas de las asociaciones LGBT<sup>27</sup>. Su equivalente más extendido entre hombres fue LRG (La Radical Gai), que denunciaba la pasividad de los grupos más organizados. Estos

grupos radicales entre otros, abrieron la puerta en España a la teoría *queer*, a la que me referiré luego.

En 1992 se creó la FEGL (Federación Española de Gais y Lesbianas), a la que en 2003 se suman las personas transexuales y, en 2007, las bisexuales, tomando el nombre actual de FELGTB.

Por su parte, Marcela Lagarde propuso la idea de sororidad, de hermandad entre todas las mujeres de cualquier clase o condición, para reducir las distancias entre mujeres del Norte y del Sur, de distintas clases sociales, etnias, religiones, orientaciones sexoafectivas, etc., buscando la igualdad en la diversidad.<sup>28</sup>

### Incidencia en la práctica terapéutica

El cambio a medio plazo pasa por la actualización curricular en la enseñanza, naturalizando la diversidad sexoafectiva<sup>29</sup>. Mientras tanto, veamos qué podemos incorporar profesionalmente para ayudar a quienes nos consultan.

El *campo* tiende a invisibilizar que la norma se construye a partir de un estándar de hombre, heterosexual, blanco, válido, joven, etc., y que suele tener por naturales unas categorías que en realidad fueron construidas y evolucionan en el tiempo.

Esta percepción es profundizada por la ideología neoliberal que encomia premiar —supuestamente— el mérito individual, mientras invisibiliza las desigualdades desde las que la humanidad parte, esconde las asimetrías que condicionan la capacidad de agencia de cada persona, y nos impulsa a creer que nuestros logros dependen solo de nosotros mismos. Sin embargo, sabemos que existen la brecha salarial, la doble jornada, y muchas otras evidencias más de discriminaciones cotidianas (racismo, aporofobia...).

Ser consciente de estas desigualdades posibilita su transformación. Difícilmente podemos dar esa consciencia si carecemos de ella. Muchas personas pueden vivir situaciones estructurales generadoras de culpa o vergüenza, sin advertir su pertenencia a una o más categorías inferiorizadas. Es muy probable que esa consciencia genere un revitalizante enfado y con él, energía necesaria para la transformación.

El *campo* también nos acercará a personas sexistas y homófobas. Nuestro trabajo, además de concienciar, debe incluir compasión hacia ellas, señalando también el privilegio que puedan detentar sus beneficiarios.

Ante las asimetrías de trato que se derivan de ser o no ser mujer o LGBT, nuestro acompañamiento terapéutico conlleva poner el foco en la resistencia a la presión, dando libertad para que cada persona decida en qué forma la ejerce de acuerdo a sus circunstancias, necesidades, capacidades, etc. Nuestro trabajo también incluye el reconocimiento, facilitar la búsqueda de sentido a cada vida, la autorrealización, y una mayor autenticidad.

Así como el reconocimiento apunta a la identidad, esa legitimación que podemos otorgar como terapeutas es parte de un proceso de cocreación de un mundo mejor, especialmente útil si valoramos los efectos que conlleva el cambio individual como motor del desarrollo social. Las fallas en el reconocimiento causan daño y opresión; nuestro horizonte es el de valorar las dificultades atravesadas y dar conciencia de ellas, tanto como del contexto en que vive cada paciente, para darle poder.

Ser conscientes del punto de partida, con sus ventajas o desventajas, ayuda a sentir que ni el fracaso ni el éxito dependen totalmente de cada persona, ya que cualquier decisión es interdependiente del contexto, que incluye los mandatos de género. Entre ellos, el de maternidad/paternidad, que en tantas mujeres —ocasionalmente en personas LGBT— es vivido como un requisito a compatibilizar con otra cosa.

Con cada paciente construimos un relato diferente de la vida que tuvo, sin obligarle a ser de un modo u otro, pues no preconizamos ningún dogmatismo. Cuando los mandatos de género afectan al cuerpo, respetamos a quien pretenda alinearse con el ideal de belleza normativo, (aunque pueda consumir autoestima, tiempo, recursos, mermando energía para otras causas) sabiendo que quien actúa así también tiene agencia y es esa persona, viendo sus circunstancias, quien decide qué pasos le conviene dar. Esto no impide que evitemos comparar cada cuerpo con un ideal externo irreal, y nos permite valorar el cuerpo de cada persona.

Cuesta creer que podemos conseguir algo, si alguien de nuestro aspecto o idiosincrasia no lo consiguió nunca antes. Al lograrlo, ampliamos horizontes para otras personas. Quien considera que «lo personal es político», valora más cada cambio individual por su contribución a la evolución del *campo*.

Un apoyo específico en la busca de alternativas para resistir los mecanismos psíquicos del poder es la teoría *queer*,<sup>30</sup> que rechaza la clasificación de las personas en mujer, hombre, heterosexual, homosexual, trans\*, bisexual, etc., alegando que ninguna de ellas es más fundamental o natural que las otras, pues todas las identidades son igualmente anómalas. Al considerar que el género es una construcción artificial, permite repensar las identidades de un modo más complejo, por la intersección de más elementos —clase social, sexo, raza u otras— atacando el núcleo de la heteronormatividad.<sup>31</sup>

Dejando atrás unas categorías cerradas y excluyentes, las personas podemos fluir con mayor libertad, permitiéndonos ocasionalmente unas prácticas en principio reñidas con la identidad que nos atribuimos y actualizar nuestra identidad si lo consideramos conveniente. No podemos borrar nuestra historia, aprender supone añadir, y pretender atarse a una coherencia rígida puede ser para algunas un precio muy caro a pagar por mantener una identidad estable.

Judith Butler<sup>32</sup> plantea que no hay un recorrido «normal» de la identidad, que nunca llegamos a hacernos hombres o mujeres porque las identificaciones no se cierran nunca. Para ella, sexo y género actúan y forman parte de un cuerpo que se construye desde el principio, que puede evolucionar después de la infancia, sin que eso implique que haya vivido equivocadamente.

El colonialismo moderno produjo en Occidente un modelo que jerarquizaba el centro (Europa) en detrimento de la periferia (sus colonias). Vimos como ese modelo jerarquizador fue extendido luego a otras categorías, sumando discriminaciones. Nuestra mirada gestáltica sabe que sin centro, no hay periferia, tenerlo presente beneficiará a quienes nos consulten.

### Conclusión

En este trabajo he intentado mostrar como las categorías de las minorías sexoafectivas y de la mujer fueron construidas socialmente de un modo análogo y generaron opresiones paralelas. Hemos visto cómo las luchas por la igualdad de ambos grupos se entrelazan, y por último, cómo el conocimiento de estos fenómenos nos puede ayudar en nuestra práctica terapéutica.

Considero que estas discriminaciones son funcionales al neoliberalismo imperante porque permiten disfrazar de «justicia» las dinámicas de exclusión, dificultando por un lado la percepción de las desigualdades en su real magnitud. Por otro lado, porque su pretensión de responsabilizar a cada persona de cómo le va en la vida, las fuerza a mirarse a sí mismas quitando su vista del *campo*.

¿Qué necesita cada paciente, que no empeore el *campo* en el que convivimos? No hay salida sin compasión, tanto con la víctima como con quien detenta el privilegio. Sólo desde allí podremos empatizar con todos y contribuir a hacer de esta Tierra un mundo habitable por todas, en el que cada persona tenga su sitio. Nuestro acompañamiento terapéutico se potenciará si las ayudamos a ser menos cómplices y menos víctimas.



### Mario Gatti

Terapeuta Gestalt. Programa SAT con Claudio Naranjo.

Licenciado en Historia y Odontología.

Imparte talleres sobre Homofobia Interiorizada para personas LGBT y a profesionales, y de Afectividad y Sexualidad para hombres gays o bisexuales. Participa en RED Educación 2012, con talleres en institutos sobre el respeto a la diversidad afectivosexual.

---

<sup>1</sup> M. Gatti (2010): *Homofobia y Terapia Gestalt*. Tesina presentada en la AETG, dirigida por Olga de Miguel Salazar.

<sup>2</sup> Para la genealogía de esas discriminaciones, M. Gatti (2015). «Introyección y discriminaciones. Dificultades para el encuentro» en *Revista de Terapia Gestalt* 35, pp. 89-111.

<sup>3</sup> I. Jiménez Pérez (2018): *Interseccionalidad y Gestalt*. Tesina presentada en la AETG, dirigida por Azucena González San Emeterio.

<sup>4</sup> Hasta 2003, la sodomía siguió siendo delito en diez estados de USA. Véase J.K. Puar (2017). *Ensamblajes terroristas. El homonacionalismo en tiempos queer* Barcelona: Bellaterra. pp. 179 y ss.

<sup>5</sup> La primera reivindicación del amor homosexual en tiempos modernos es la del suizo Heinrich Hössli, autor de *Eros, el amor masculino de los griegos* (1836). Véase P. Zanotti (2007). *Gay. La identidad homosexual de Platón a Marlene Dietrich*. Madrid: Turner, p. 132.

<sup>6</sup> M. Foucault (1986). *La voluntad de saber* (13ª ed.). México: Siglo XXI. cap III.

<sup>7</sup> A. Llamas (1998): *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a «la homosexualidad»*. Madrid: Siglo XXI. pp. 30-38.

<sup>8</sup> J. Baile Ayensa (2008). *Estudiando la homosexualidad*. Madrid: Pirámide, pp. 154-155.

<sup>9</sup> T. Laqueur (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra. Pp. 276-281.

<sup>10</sup> Elsa Dorlin (2009). *La matrice de la race*. París: La Découverte. caps. 3, pp. 77-78; y 4, pp. 93-94.

<sup>11</sup> Nuria Varela (2019). *Feminismo para principiantes (2ª ed.)*. Barcelona: Penguin Random House, pp. 64-66.

<sup>12</sup> Hervé Chevaux (2012). «Censura». En Louis-George Tin (dir.), *Diccionario Akal de homofobia*. Madrid: Akal. pp. 107-110.

<sup>13</sup> Algunos otros personajes muy trascendentes para la historia de Occidente invisibilizados como LGBT, fueron Alan Turing, John Maynard Keynes, Leonardo, Cervantes, etc. Véase M. Larivière (2014): *Les amours masculines de nos grands hommes*. París: La Musardine.

<sup>14</sup> Forster (1879-1970) la terminó en 1914, pero recién fue publicada en 1971. Gide (1869-1951) publicó pocos ejemplares en 1911 y 1920, para publicarlos definitivamente en 1924. Symonds (1840-1893) la escribió en 1873. En 1897 fue publicada por Havelock Ellis como parte de *Inversión sexual*, con el resultado de que un librero fue arrestado por considerarla material obsceno. Véase F. Mondimore (1998): *Una historia natural de la homosexualidad*. Barcelona: Paidós, pp. 61-74.

Sobre Settembrini, véase P. Zanotti, op. cit., p. 141.

<sup>15</sup> O. Viñuales (2002): *Lesbofobia*. Barcelona: Bellaterra, cap. 5.

<sup>16</sup> Ignacio Elpidio Domínguez Ruiz (2017). *Bifobia*. Barcelona/Madrid: Egales, cap. 3.

<sup>17</sup> Es asterisco después de «trans\*» fue pensado como término que englobara a todas las personas que no se identifican con el sexo asignado al nacer. Véase R.L. Platero et al. (2017). *Barbarismos queer y otras esdrújulas*. Barcelona: Bellaterra, pp. 409-15.



- <sup>18</sup> C. Delphy (1998). *L'ennemi principal*. París: Syllepse, p. 277. Citada por E. Dorlin (2009): *Sexo, género y sexualidades. Introducción a la teoría feminista*. Buenos Aires: Nueva Visión, p. 21.
- <sup>19</sup> David Halperin (2000). *Saint Foucault*. París: EPEL, pp. 130-134.
- <sup>20</sup> G. Marche (2007). *Féminisme et politisation de l'homosexualité masculine: contiguïté ou imbrication?*. Revue française d'études américaines. 4 (nº 114). Recuperado de <https://www.cairn.info/revue-francaise-d-etudes-americaines-2007-4-page-88.htm#no8>
- <sup>21</sup> Ibid., epígrafes 9 y 10.
- <sup>22</sup> Véase M. Gatti (2019). *Las personas LGBT y sus «hermanas»*. Revista de Terapia Gestalt 39, pp. 257-284.
- <sup>23</sup> R.P. Leraton (2002). *Gay porn. Le film porno gay: histoire, représentations et construction d'une sexualité*. Montblanc: H&O Éditions, pp. 35-36.
- <sup>24</sup> G. Trujillo (2008). *Deseo y resistencia. Treinta años de movilización lesbiana en el Estado español*. Madrid: Egales, p. 63.
- <sup>25</sup> R. Martínez (2017). *Lo nuestro sí que es mundial*. Barcelona. Egales, pp. 148-149.
- <sup>26</sup> Trujillo: ob. Cit., pp. 149-50.
- <sup>27</sup> Ib. P. 193
- <sup>28</sup> M. Lagarde (2006). *Pacto entre mujeres sororidad*. Recuperado de : <https://e-mujeres.net/pacto-entre-mujeres-sororidad/>
- <sup>29</sup> Véase R. Huerta (2016). *Transeducar. Arte, docencia y derechos LGTB*. Madrid: Egales.
- <sup>30</sup> Para una síntesis general de la teoría queer, véase D. Córdoba García (2005). «Teoría queer: reflexiones sobre sexo, sexualidad e identidad. Hacia una politización de la sexualidad». En D. Córdoba y F.J. Vidarte (eds). *Teoría queer: políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Barcelona/Madrid: Egales, pp. 21-66.
- <sup>31</sup> L. Carbajal Pérez (2012). *La homosexualidad ¿dónde está nuestro error?*. Barcelona: Comanegra, pp. 120-121.
- <sup>32</sup> Judith Butler (2008). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.